

Traducción

La memoria de los lugares urbanos*

DENISE JODELET**

Introducción

Mi ponencia estará dedicada a las relaciones que se pueden establecer entre el espacio urbano, las significaciones que le dan los habitantes de la ciudad y los hechos o marcos de memoria. Mi propósito será plantear algunas preguntas relevantes para el proyecto sobre la memoria urbana, que ha motivado este encuentro.

En un primer momento, es conveniente esclarecer lo que se puede entender por *memoria de lugares urbanos*. El título de mi texto es una especie de juego de palabras a partir de la noción de *lugares de memoria*, introducida por el historiador Pierre Nora (1997), cuyo uso ha tenido un gran éxito. Esta noción remite, entre otros elementos, a sitios, espacios, edificios, que nos dan acceso a sucesos del pasado. Son lugares que llevan la marca de su época, están clasificados en términos de momentos históricos, nos dan el sentido de una diferencia entre pasado y presente y ofrecen la imagen de lo que no somos más. Así aparecen por ejemplo los monumentos de la ciudad, cuyo poder de recordación viene de su fuerza de representación de una época pasada. Al mismo tiempo, pueden tener una historia que cambia su capacidad mnemotécnica, como lo veremos, en la medida en que los ciudadanos lo asocian a su propia historia grupal o personal. Es por ello que me parece mejor hablar de memoria de

lugares urbanos, porque la historia vivida de los ciudadanos les da sentidos específicos. De modo que un título como “Memoria y sentido de los lugares urbanos” podría parecer más pertinente, pero en este caso perdería la dimensión de juego entre memorias.

La ciudad como lugar antropológico

Hablar de memoria de lugares urbanos significa considerar a la ciudad como si tuviera una vida histórica, del modo que lo hace el antropólogo Marc Augé (1992) cuando refiere a *lugares antropológicos* que se pueden encontrar tanto en las sociedades tradicionales como en las modernas, donde pasado y presente se ofrecen unidos a la mirada del observador, como lo ilustran Baudelaire o Benjamin, y en sociedades pos o supra-modernas, características de la época contemporánea. Los lugares antropológicos se distinguen por tres rasgos comunes: son identitarios, relacionales e históricos.

En la perspectiva de Augé (1992), la identidad remite al hecho de que, en la ciudad, la organización del espacio urbano corresponde a un orden que define para cada uno de sus ocupantes oportunidades de acción, restricciones y prohibiciones, cuyos contenidos son simultáneamente sociales y espaciales. Tal organización de la ciudad conforma la identidad social de

* Ponencia “Le mémoire des lieux urbains” presentada en el Taller Internacional sobre Memoria Urbana y Narrativas (Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, UAM-I, 16 de abril de 2008), organizado en el marco del proyecto Experiencias, representaciones y memoria de la metrópoli de los adultos mayores: el caso de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, financiado por el Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología. Traducción de Martha de Alba, UAM-I, <marthadealba_uami@yahoo.com.mx>. Recibida el 19/10/09 y aceptada el 23/02/10.

** Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), París, Francia <denise.jodelet@wanadoo.fr>.

los sujetos que están sometidos a este orden. El carácter relacional de los lugares se refiere al hecho de que dos cosas diferentes no pueden ocupar un mismo sitio: los elementos de un lugar están distribuidos en un orden que configura posiciones particulares que se articulan entre sí. Aunque la ocupación de un espacio común asegura una identidad compartida, cada elemento guarda su singularidad, al mismo tiempo que queda ligado a los otros por lazos de coexistencia. El carácter histórico viene del hecho de que las relaciones sociales se inscriben en el tiempo, y que los sucesos de la vida cotidiana se desarrollan con cierta duración y tienen su periodicidad; sin olvidar que a lo largo del tiempo las edificaciones llevan la marca de la época de su construcción.

De ahí surge el interrogante sobre cuáles son las condiciones que permiten a la ciudad ofrecerse como un lugar antropológico, definido por su carácter identitario, que hace que los habitantes puedan reconocerse y definirse a través de su medio; por su carácter relacional, que brinda la posibilidad de leer la relación que los habitantes establecen entre sí; y por su carácter histórico, que permite encontrar las huellas del pasado, el eco del tiempo vivido en ella.

Sin embargo, hay que reconocer que la complejidad del fenómeno urbano requiere una reflexión a partir de diversas disciplinas. Las ciencias sociales fueron las primeras en intervenir en los proyectos de los planificadores y de los constructores (arquitectos, urbanistas), sea de manera crítica o mediante los análisis de las expectativas sociales en términos de habitación y de vida ciudadana. Los aportes de la psicología fueron más tardíos: en los años setenta, cuando se desarrolló una disciplina autónoma dedicada al medio ambiente (Jodelet, 1987).

Perspectivas de aproximación a la ciudad

Si consideramos las contribuciones de estas disciplinas, destacan diversos enfoques para estudiar la relación que el sujeto, individual o colectivo, establece con su espacio de vida, en diversas escalas: el hogar, los espacios de trabajo y de residencia, las vecindades locales, los barrios, los suburbios, los territorios de establecimientos comunitarios de tipo nacional o regional, etcétera. Así, por un lado, encontramos perspectivas de tipo objetivista que han subrayado el determinismo de los elementos materiales del entorno físico que influyen sobre la vivencia y la conducta de individuos pasivos; por el otro, perspectivas de tipo subjetivista que reducen el espacio a una escena

donde el hombre es un actor (Wirth, 1925). En todos los casos, la preocupación ha sido analizar la manera en que el sentido viene al espacio, lo que supone el estudio de la construcción de sentido y de significación que no solamente están basados en la experiencia directa y las prácticas funcionales, placenteras o subversivas de uso del territorio, sino también en un valor simbólico conferido al medio ambiente natural y construido por una cultura, las relaciones sociales y los juegos de poder, como lo han mostrado la antropología (Paul-Lévy y Segaud, 1983), la sociología y la historia.

Este movimiento llevó a la psicología social a considerar la relación de los individuos y de los grupos con los espacios urbanos, usando dos enfoques centrados en las representaciones y la memoria social o colectiva. Antes de exponer con más detalle los presupuestos de estas dos posiciones, recordaré rápidamente los modelos propuestos por las ciencias sociales y la psicología.

En las ciencias sociales, la perspectiva objetivista busca en las propiedades del espacio construido el origen del sentido del entorno urbano. Corresponde en parte al concepto *toposociología*, definido por Lefebvre (1968), que dibuja el panorama ciudadano como objetivación en las inscripciones materiales de la estructuración social de la ciudad y de las relaciones de poder político y económico, en torno a un esquema que opone centralidad y periferia, al que están sometidas las ciudades. También podemos relacionar con esta interpretación la perspectiva simbólica que inscribe el orden social en la organización espacial, como en los pueblos bororo estudiados por Lévi-Strauss (1955), en la casa kabyle que describe Bourdieu (1980), o en las construcciones del biopoder en la obra de Foucault (1975) y sus discípulos (Rabinow, 1984). He presentado estas perspectivas en diversas publicaciones (Jodelet, 1987, 1996, 1998, 2002 y 2005), mostrando que no podemos dejar de considerarlas como la base de la experiencia urbana y de las representaciones que le corresponden.

Como he mencionado en un capítulo del *Handbook of Environmental Psychology* (1987), del lado de las posiciones subjetivas encontramos diversas corrientes que, apoyándose en el psicoanálisis, lo imaginario y la fenomenología, han insistido en la relación establecida entre el cuerpo (la imagen de sí y de los otros, la manera singular de marcar su espacio de vida) y la representación y estructuración del medio ambiente. Para tratar la ciudad, ciertos autores han llegado a introducir la noción de espacio semicorporal, donde se opera la formación del yo y la adaptación psicológica y social al medio ambiente. En este caso, el entorno

físico es considerado como receptor de proyecciones afectivas, imaginarias y simbólicas, que están vinculadas con la propia historia del sujeto, orientando sus conductas de apropiación del espacio. Esta correspondencia entre el cuerpo humano y el cuerpo urbano es ahora ampliamente reconocida. En un primer momento predominó la metáfora orgánica, cuando la ciudad fue vista como un sistema de circulación con un centro, que remitía a la imagen del cuerpo regido por un corazón con sus arterias. Hoy en día se relata la lectura de la experiencia urbana según un modelo inspirado por la vivencia del cuerpo directamente interpelado, en sus estados de salud, bienestar y calidad de vida, por el medio urbano. Esta idea me parece relevante para estudiar la vivencia urbana en función del curso de vida.

El enfoque semiológico del espacio urbano

En sociología, cabe mencionar una tercera forma de analizar la ciudad inspirada por los modelos de la semiología, buscando dar cuenta del carácter simbólico y significativo del espacio urbano más allá de la materialidad de sus elementos y de su destinación práctica. Dos corrientes de pensamiento adoptan esta perspectiva, tomando al espacio como un texto o narrativa que las culturas y las prácticas “cargan” de significaciones. La primera corriente, ejemplificada con la obra de Françoise Choay (1972, 2006), ve la ciudad en evolución histórica en función de los rasgos de las civilizaciones urbanas. En el pasado, desde las sociedades arcaicas, tradicionales, hasta aquellas de la Edad Media, el espacio construido estaba saturado de significaciones religiosas, políticas y sociales. Podemos pensar que estas significaciones permanecen a título de vestigios de memoria en la aprehensión de la gente que hoy visita ciertos barrios o edificios antiguos de su ciudad. La dominación geográfica del palacio imperial de Maximiliano no deja de expresar el poder político; la Basílica de Guadalupe sigue animando la fe religiosa. Ahí la memoria se hace viva, y el pasado vigente.

Según Choay, en la época actual, marcada por preocupaciones productivas y consumistas, la ciudad que evoluciona rápidamente se convierte en un espacio hiposignificante, reducido a una pura función económica. Esta reducción semántica del espacio urbano genera la creación de un imaginario llamado compensatorio que transforma la ciudad en un lugar de proyección donde los habitantes expresan sus peculiaridades y nostalgias.

La otra corriente semiológica, representada por Michel de Certeau (1990), hace de la ciudad una narrativa que se sobrepone a lo construido, y que en ocasiones subvierte su función. La narrativa resulta de la manera según la cual los habitantes viven y construyen la ciudad, a través de sus usos y de su mirada. Esta lectura varía según los sujetos, sus estados afectivos, su condición material y las trayectorias que adoptan en el recorrido de la ciudad. Varía también en función de los mensajes visuales, auditivos, olfativos, que emiten los espacios urbanos en su organización sistémica de elementos. Por otra parte, se establece que las dimensiones semánticas de la ciudad están relacionadas con la cultura: el imaginario urbano favorece una reserva de arquetipos culturales, inmersos en la historia –personal, grupal y colectiva–, que permiten la lectura de la ciudad. En esta dinámica, la percepción de la ciudad remite a una producción del imaginario social que orienta los usos y otorga la apropiación del espacio por parte de los ciudadanos, quienes pueden tener la capacidad de generar sentidos diferentes de los que fueron planeados por sus constructores. Esta potencialidad subversiva del uso y de la lectura de la ciudad desemboca en el tema de la creatividad social en la relación con los lugares urbanos. Creatividad ligada a la historia de los grupos y a la biografía individual y colectiva.

Percepción del espacio urbano y relaciones intergrupales

Voy a dar un ejemplo personal del potencial de transformación de la percepción del diseño urbano, que depende de la vivencia social del espacio. Nací en una ciudad de Argelia, Orán, que, de acuerdo con los relatos históricos, fue fundada por marinos andaluces como ciudad portuaria autónoma en el siglo x. Orán fue creada *ex nihilo* por los andaluces, antes de su llegada no había ningún establecimiento territorial de los árabes de la zona, cuya capital estaba en el interior, en la ciudad de Tlemcen. De modo que, en esta región, Orán fue desde el inicio un puerto de carácter europeo, limitado al norte por el mar y rodeado en sus fronteras interiores por la montaña y por barrios donde vivían poblaciones indígenas que emigraban para trabajar. Esta zona periurbana era llamada el “barrio negro” (*le village nègre*) –aunque la población no era en absoluto de color negro– y le parecía peligrosa a los habitantes de origen europeo.

Durante mi juventud, la ciudad que conocí y practiqué se limitaba a un centro con grandes vías de circulación que se presentaba como un amplio espacio

de vida, pero encerrado por zonas que la gente no se permitía atravesar o frecuentar, aunque en ellas se encontrarán hermosos jardines y bosques. No se permitía pasar las fronteras de un espacio definido por el edificio del municipio, los liceos, la catedral, los barrios de residencia de la población europea y las calles en las que circulaban o se reunían y que parecían amplias y abiertas. Esta organización de un centro dilatado (extenso espacio de trabajo, de diversión y de paseo) y de una periferia ignorada y amenazante perduró durante todo el tiempo que pasé en la ciudad, a pesar de mis largas estancias fuera de ella y de mis viajes. Esta organización del espacio reflejaba las relaciones intergrupales que oponían los indígenas a los colonizadores, por así decirlo. Un orden implícito, transmitido silenciosamente por el modo de vida de la comunidad de origen europeo.

Viví en Orán, haciendo viajes esporádicos a Francia, hasta el momento en que partí a París para hacer mis estudios universitarios. Veinte años después, y teniendo Argelia diez años como país independiente, hice un viaje turístico para mostrarle a mi hijo el lugar donde nació. Al volver me sorprendió el cambio ocurrido en mi percepción del espacio urbano. Los lugares no eran como los había conservado en mi memoria. El centro tan extendido de mi juventud se había vuelto pequeño, la ciudad se había agrandado con los barrios antes excluidos y eso solamente porque la población se había unificado: los árabes, relegados al barrio negro en el pasado, eran ahora los únicos habitantes de la ciudad. No era una cuestión de reencontrar sitios que parecían pequeños porque había conocido ciudades más grandes. Era una nueva estructuración del espacio, que dependía de la desaparición de las relaciones intergrupales conflictivas, de la armonización de la población urbana. La memoria del pasado y de la experiencia social antigua no podía encajar con la experiencia nueva, aun cuando el espacio se había mantenido igual desde el punto de vista material. No ocurrió lo mismo con la capital, Argel, donde había vivido un año y cuyo paisaje siguió siendo el mismo para mí. Pero Argel no era el lugar de mi identidad ni de mi arraigo social. En esta experiencia se encuentra el origen de mi interés por las representaciones socioespaciales de los lugares urbanos que fusionan lo material y lo social en una misma unidad.

Experiencia y representaciones socioespaciales

Recordar esta experiencia, similar a los diversos discursos interpretativos de la vivencia y de la semanti-

zación de la ciudad que fueron dominantes hacia finales del siglo xx –aunque un poco olvidados hoy día–, me pareció necesario porque abre horizontes de aproximación que han sido borrados por una visión, que calificaría de apocalíptica, de la ciudad y de la vida urbana. El discurso sobre la condición urbana pos- o supramoderna nos da una visión de un sujeto pasivo que pierde toda capacidad de invención y de manejo de su espacio de vida. En tal perspectiva, la contemporaneidad es definida por la extensión del tejido urbano, la multiplicación de los transportes y las comunicaciones, la uniformación de las referencias culturales, la planetarización de la información y las comunicaciones, la aceleración de la historia, la individualización solitaria y homogénea, la pérdida de los lazos sociales en espacios deshumanizados, etcétera. Tantos discursos que acaban por ofrecer una imagen deletérea de la vida urbana. Pese a que estas constataciones nos incitan a buscar los medios que permitirían mejorar la condición urbana, tenemos que recordar que, aun en esta situación de vértigo y de trastorno, los habitantes siguen como sujetos activos de su destino y de su relación con el espacio, incluso en los llamados *no lugares* (aeropuertos, supermercados, autopistas, cajas distribuidoras de dinero, entre otros). La cuestión que emerge es la de encontrar los medios para ayudar a los habitantes a preservar sus lugares de vida como lugares de identidad, relación y memoria. Este interrogante abre la segunda parte de mi propuesta, centrada en el papel que juega la memoria en la defensa de la identidad urbana.

En la psicología ambiental podemos encontrar recursos para afrontar el desafío. En sus inicios esta disciplina estuvo marcada por una perspectiva empirista que creó una dicotomía entre el factor físico del espacio construido y los factores individuales de sus ocupantes, buscando cómo el factor físico determina los procesos psicológicos. De modo que lo urbano y la ciudad perdían su carácter de espacios sociales. Descomponiéndolos en elementos (la calle, el metro, las residencias, etcétera), esta postura se interesaba únicamente en el efecto del contexto material sobre el individuo. Así, se diluían los aspectos sociales y materiales del entorno urbano bajo la forma de una condición ambiental general utilizada como laboratorio ideal para la observación de procesos en el nivel individual.

A partir de los años ochenta, para sobrepasar esta dicotomía entre individuo pasivo y medio físico, se desarrollaron las líneas de pensamiento interaccionista y transaccional, en las cuales individuo y ambiente se definían mutuamente. Dichas perspectivas han intentado llenar el vacío social de la aproximación

del medio urbano, considerando que el espacio es "sociofísico" y que el individuo se relaciona con éste a través del filtro de sus ideas, creencias, valores y sentimientos. Sin embargo, estas tentativas no fueron capaces de analizar, desde el punto de vista teórico, los procesos del encuentro entre las diversas dimensiones sociales. Además, se centraron en la relación inmediata, en términos de la relación causal que existe entre el espacio construido y quienes viven, trabajan o pasean en él. No tuvieron en cuenta la dimensión temporal de estas interacciones ni los juegos de la memoria que las estructuran. Es tardíamente, en 1992, que una conferencia internacional de la IAEP sobre "Socio Environmental Metamorphosis" trató de las relaciones entre memoria, significados e identidad.¹ Para ello fue necesario reconocer que los sentidos del espacio se encuentran marcados por la cultura y la historia, y que los significados subjetivos que prestan sus habitantes tienen que ver con su biografía y la historia de su grupo.

Analizar la experiencia urbana supone considerar:

1. La estructuración material del espacio de vida, tanto interno –el hogar– como externo –el entorno local o más amplio.
2. Las prácticas que se desarrollan en los espacios urbanos, que delimitan la forma y el sentido funcional-afectivo de la ciudad, tal como se la apropian los sujetos.
3. Las significaciones que emergen del conjunto urbano y sus partes, o que están proyectadas en ellos. Estas significaciones remiten, como hemos visto, a la organización semántica del espacio y a las memorias arrancadas a su historia y su vivencia, a las características simbólicas, tanto como a las prácticas de uso y de apropiación.

Este sistema tripartito debe ser estudiado como una totalidad, razón por la que he propuesto desarrollar una perspectiva de estudio de las representaciones socioespaciales (Jodelet, 1982) que permita una aproximación holística de los conocimientos, actitudes y sentidos subjetivos, relacionados con el espacio urbano, así como con el simbolismo que encarna en la materialidad del espacio, las relaciones y órdenes sociales, la coloración social que depende de sus diversos ocupantes, sus modos de vivir y sus prácticas en el entorno físico. Desde 1963 han sido conducidas en

nuestro laboratorio en París diversas investigaciones de las cuales han dado testimonio el trabajo de Martha de Alba sobre la Ciudad de México (2002) y las contribuciones latinoamericanas recientemente publicadas por *Anthropos* en el libro *Espacios imaginarios y representaciones sociales* (Arruda y de Alba, 2007).

Memoria e identidad urbana

La forma de abordar las representaciones socioespaciales permite también reintroducir en su pleno papel la memoria y la historia, como lo habían sugerido los predecesores Émile Durkheim y Maurice Halbwachs, al unir representación y memoria. Para Durkheim (1965), los sitios públicos y religiosos donde se celebran conmemoraciones y rituales cumplen en su periodicidad una función de recordación, asegurando a la comunidad un sentimiento de continuidad. Su discípulo Halbwachs elaboró una teoría social de la memoria, considerada como una representación-reconstrucción del pasado a partir de los intereses del presente, aserción ratificada por Paul Ricoeur en su libro sobre memoria e historia (2000). Halbwachs dedicó su atención a la memoria conservada en los espacios de vida y a su papel en el porvenir colectivo y en la identidad social de los grupos y de sus miembros, en dos libros: *Les cadres sociaux de la mémoire*



¹ *Socio Environmental metamorphosis. Actes de la 12ème conférence de l'Association Internationale de Psychologie de l'Environnement*, Marmaras, Grecia, 1992.

(1925) y *La mémoire collective* (1950). Además, consagró un estudio específico al manejo ideológico de la memoria espacial en *La topographie légendaire des évangiles en Terre Sainte* (1971 [1941]), obra poco conocida, aunque rica en enseñanza para un análisis de las narrativas mnemotécnicas.

El interés de Halbwachs por la memoria proviene de una discusión de la teoría de Bergson, juzgada como vacía de la dimensión social. Pero su interés por la importancia de la memoria en la vida cotidiana debe ser ligado a su compromiso con la Escuela de Chicago, con la cual se relacionó una temporada y que influyó mucho sus estudios sobre la morfología social. Debe a Georg Simmel y a la Escuela de Chicago la estrecha relación establecida entre la ciudad, los modos de vivir y de pensar, lo cual confiere una total relevancia al estudio de lo urbano como espacio construido.

Para Simmel (1999) la ciudad es, por excelencia, la escena de la modernidad. Ahí se elaboran las diferencias sociales, se desarrolla la independencia individual y se debilitan los lazos comunitarios, debido a la conexión y a las relaciones de intercambio con los otros grupos. Asimismo, la aceleración del ritmo de vida, la intensificación de la estimulación sensorial y el desfile incesante de imágenes cambiantes contribuyen a la formación de una mentalidad citadina, caracterizada por el desarraigo, el criticismo y el intelectualismo. Simmel observa también que la ciudad, cuya extensión funcional sobrepasa las fronteras físicas, extiende, como lo hace el individuo, su actividad en un territorio cada vez más amplio, nacional e internacional. Dentro de la misma línea de pensamiento, la Escuela de Chicago (Grafmayer y Joseph, 1984) considera a la ciudad como el medio físico de un modo de vivir característico. Esta relación es estudiada a partir de la estructura física que se forma sobre la base de una población, de un conjunto de técnicas y de un orden ecológico. Así, a cada institución y modelo de relaciones corresponde una estructura espacial, una constelación de personas que comparten comportamientos y conjuntos de ideas y actitudes.

Las concepciones de Simmel y de la Escuela de Chicago tienen eco en las propuestas de Halbwachs sobre la memoria, que se pueden resumir así:

- Los grupos dentro de los límites de una ciudad, de una casa o de otros lugares de vida, dibujan su forma en el suelo y reencuentran sus recuerdos colectivos en el marco espacial así constituido.
 - El grupo urbano aparece como un cuerpo social que reproduce en sus divisiones y estructura la configuración material de la ciudad.
 - La memoria colectiva se apoya en imágenes espaciales. No hay memoria colectiva que no se desarrolle en un marco espacial.
 - Los objetos con los cuales estamos en contacto cotidianamente nos dan una imagen de permanencia y de estabilidad. Son como una sociedad silenciosa e inmóvil, independiente de nuestra agitación, de nuestros cambios de humor, que nos da un sentimiento de orden y de quietud.
- Al retomar la idea de una relación entre modo de vivir, identidad y espacio urbano, Halbwachs parece dar una respuesta positiva gracias a la memoria, a las inquietudes de Simmel.
- ¿Será que la memoria de los lugares urbanos pueda sostener el afrontamiento ante los trastornos de la ciudad contemporánea? En los diferentes discursos que presentan a la ciudad como un espacio sagrado, político, funcional, semiótico, el papel dedicado a la memoria presenta tres formas típicas:
- a) La memoria colectiva, la cual corresponde a las formas de vida social (actividades profesionales, comerciales, festividades, etcétera) que en el pasado marcaron los lugares urbanos y que sobreviven en la organización específica de la forma de los lugares. El eco del pasado sigue animando las formas que pueden ser resignificadas por los usos actuales, como el caso de las antiguas plazas que sirven como escenario de nuevas expresiones de vida, por ejemplo los restaurantes de la plaza de Coyoacán o de la de San Jacinto en San Ángel.
 - b) La memoria de acontecimientos históricos que conservan los lugares donde ocurrieron eventos en el pasado, como la Plaza de la Bastilla en París o la Plaza de las Tres Culturas en México. El significado de estos lugares permanece de manera emblemática como encarnación de los valores e ideas ahí defendidos.
 - c) La memoria monumental, como lo dice Nietzsche, que restituye el pasado como tal, a través de objetos o estructuras durables que se pueden reconocer como pertenecientes a una época o a un estilo determinado. En este caso se trata de lugares de memoria que pueden ser susceptibles tanto de políticas de protección del patrimonio como de cuidado específico para la conservación del pasado nacional o internacional, piénsese en las ciudades reconocidas como patrimonio de la humanidad por la Organización de las Naciones Unidas para la

Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Este resguardo del patrimonio plantea la cuestión de los valores morales así protegidos. Cabe referir aquí el conflicto ocurrido cuando una comunidad de monjas polacas quiso recuperar el sitio Aushwitz, atacando así la memoria del pueblo judío masacrado por el nazismo y el derecho de los sobrevivientes a perpetuar su deber de memoria. ¿Pero no existen también en la sociedad civil problemas acerca de la protección de un patrimonio familiar o local que impide un desarrollo colectivo al servicio de intereses particulares, como el caso de las protestas contra la redensificación de la zona centro de la Ciudad de México?

Sin embargo, cualesquiera que sean sus aportes, todas estas concepciones de la memoria urbana, centradas en la materialidad de las huellas del pasado en el espacio urbano, no prestan atención suficiente a la intervención de lo imaginario, de lo simbólico y de lo ideológico, que remite a la identidad y al trabajo de la memoria en la construcción de la vida social, estrechamente asociado a ella. Para ampliar el estudio de la memoria de los lugares urbanos, propongo dos rutas de investigación: la memoria dogmática y el espíritu de los lugares.

Memoria dogmática y el espíritu de los lugares

La noción de *memoria dogmática* fue propuesta por Halbwachs en su obra *La topographie légendaire des évangiles en Terre Sainte* (1971 [1941]). El autor, después de dos viajes a Palestina, analizó las narrativas del recorrido de los lugares santos en dos momentos de la historia de la cristiandad, antes y después del Concilio de Nicée, que en el siglo v estableció los dogmas que unificarían la cristiandad fuera de Palestina. Antes del siglo v las narrativas de los peregrinos reproducen los testimonios judeo-cristianos que transmiten la memoria de la vida de Jesús, en conformidad con las expectativas de la Biblia y en continuidad con la historia judaica. Después del Concilio de Nicée, las narrativas generadas por las Cruzadas transmiten una imagen del espacio reducido al territorio de la Pasión de Cristo y del recorrido de la Semana Santa. Esta nueva visión reorganiza los espacios y corta la relación con el pasado judío, conforme a la nueva doctrina. De modo que los lugares santos, base material durable, han permitido la permanencia de la memoria colectiva espontánea y de la memoria dogmática que

expresa un mensaje sagrado, unificando la diversidad de las representaciones religiosas. La narrativa de las estaciones de la Pasión sirve para establecer una memoria pedagógica, justificando el paso del Antiguo al Nuevo Testamento y enseñando la lógica del dogma.

Para Halbwachs, el orden de los lugares en las narrativas es didáctico y obligatorio. Así se pueden definir, de acuerdo con él, las leyes de la espacialización de la memoria. La disposición de las cosas en el espacio es un lenguaje social que permite unificar, enseñar, organizar el tiempo, los sucesos, las personas. Creo que estas propuestas son fecundas para indicar líneas de exploración de los procesos de transmisión de la memoria de los lugares y sus funciones pedagógicas e ideológicas, sea en las relaciones intergeneracionales o grupales, sea a través de la rememoración del pasado en las historias de vida.

La segunda ruta de investigación tiene que ver con el espíritu de los lugares y remite al papel del olvido o del silencio de un pasado que sigue activo en la fisonomía del espacio urbano. A través de las formas arquitectónicas se expresa el estilo de una época, cuyo espíritu queda vigente en el aspecto estético y funcional del espacio, perpetuando una atmósfera y una historia que tienen un eco en la identidad de los habitantes. Daré rápidamente un ejemplo de los procesos ligados a la defensa de una identidad frente al pasado vergonzoso de una ciudad. La arquitectura del puerto de Nantes testimonia un largo pasado desde la Edad Media hasta los siglos xviii y xix. Para estudiar la construcción de la imagen de la ciudad, hice una especie de experimento ciego. Sin conocer la ciudad utilicé el testimonio de tres documentos diferentes: una tesis sobre la imagen que los habitantes tienen de su ciudad; una descripción de la ciudad realizada por dos médicos higienistas –Guépin y Bonamy– en el siglo xix, reeditada en 1981; y la obra del escritor Julien Gracq (1985), quien pasó su infancia en Nantes.

Al comparar las características de las tres imágenes de Nantes (Jodelet, 1986), buscaba ver si la ciudad tenía rasgos permanentes y evaluados de manera similar a través del tiempo y de los testimonios. Observé que el centro de la ciudad no era el lugar de origen de la ciudad en la Edad Media, sino un barrio del siglo xviii, el barrio Graslin, con su teatro, sus edificios culturales, etcétera. Este barrio fue construido gracias a la riqueza de una actividad comercial: la trata de negros comprados como esclavos en África para ser vendidos en las Américas a cambio de café, azúcar, cacao y otros productos que eran importados en Europa.

En los documentos estudiados se apreció que si bien la gente se enorgullecía de la producción cultural ligada al lucro del comercio de esclavos, la parte de



la ciudad donde vivían los comerciantes de esclavos era completamente rechazada: no era mencionada y, si lo era, su descripción mostraba un tono desvalorizante o negativo. A la identificación con la gloria cultural de la ciudad correspondía la vergüenza de los actores del tráfico de esclavos, aunque sus casas fueran del mismo estilo. Independientemente del tiempo o de la época, se rechazaba toda identificación con este pasado que se ocultaba en la imagen de la ciudad.

No fue sino hasta 1992 que se realizó un trabajo colectivo de recuperación de este pasado vergonzoso, mediante una exposición que mostraba todos los aspectos negativos de la trata de negros. Esta exposición, denominada “Los anillos de la memoria”,² pretendía “afrentar este pasado oscuro, examinarlo, evaluarlo, tomarlo en cuenta, porque es también mirando atrás, ‘sans faux-semblant’, que se comprende el pasado”. Sublimar el drama, rendir compasión y justicia a las víctimas de este comercio inmoral, “por el fuego de la inteligencia y del corazón”, decían los organizadores de la exposición, agregando: “En Nantes, más que en otros lugares, después de la abolición del esclavismo, las sombras de la mala conciencia y del cinismo han recubierto la tragedia de la trata de negros con un manto de silencio...” Las páginas de la historia ligadas al tráfico de esclavos negros “quedaban extrañamente pegadas: Al no saber leerlas, no era posible pasarlas”. Terminaré con este ejemplo que demuestra el papel de la memoria en la construcción del sentido del espacio urbano y la necesidad de luchar contra la negación de pasados oscuros para restablecer las identidades urbanas.

Los dos ejemplos que escogí para ilustrar aspectos de la vivencia y de la memoria de los lugares urbanos tienen que ver con la historia de Francia. Lo he hecho a propósito para subrayar la integración entre la memoria pasada y la memoria social y sus lazos identitarios, como la articulación entre las relaciones sociales y el pasado depositado en el entorno físico. Así, se puede dar evidencia del papel de la población en la construcción del sentido de la ciudad, que hace eco al espíritu conservado en la materialidad del espacio construido.

Conclusiones

El discurso contemporáneo sobre la ciudad sugiere que el desarrollo moderno de las ciudades coincidiría con una desaparición de los efectos de la memoria. Esta desaparición es interpretada de forma positiva o negativa. La negación de la importancia de la memoria se apoya en la idea de que la ciudad puede devenir un lugar de liberación, de creatividad y de individuación. La liberación intervendría con respecto a los marcos del pasado y al peso colectivo de los hábitos y las costumbres. La creatividad estaría asociada a un marco que autoriza las innovaciones y los experimentos. La individualización se manifestaría en la constitución de sujetos móviles, inventivos, flexibles, capaces de adaptarse a la rapidez de los cambios y de tomar riesgos, contrariamente a quienes siguen atados a las modas de los comportamientos impuestos. Los modos de sociabilidad ligados a la ciudad contemporánea serían liberadores por cuanto corresponden a contactos episódicos, aunque diversificados, y escapan a un poder central. Este discurso va en detrimento de quien es conducido a la pérdida de sentido del espacio urbano en razón de la deslocalización de la vida social, de la dilución de contactos sociales, cuya ausencia es remplazada por una *vida en mosaico* caracterizada por la multiplicación de signos de reconocimiento visual (como la ropa) y la pluralidad de códigos de comunicación (el uso del teléfono celular, por ejemplo). En una u otra perspectiva, se subestima el hecho de que la ciudad es portadora de las huellas del pasado cuya importancia reside en el significado que transmiten y que asegura a la población residente la estabilidad en el tiempo.

Como decía Halbwachs (1941): “la memoria colectiva reconstruye sus recuerdos de manera que estén en concordancia con las ideas y preocupaciones actuales. Pero se opone a resistencias, vestigios materiales,

² *Les anneaux de la mémoire. Catalogue de l'exposition sur l'esclavage*, Nantes, 1992.

textos escritos, así como a aquello que ha tomado la forma de ritos y de instituciones". En el caso del espacio urbano, hay que reintegrar, para el afrontamiento de los cambios del presente y la construcción del futuro, todas las facetas de su pasado, revivido o reconstruido, que asegura un arraigo de las identidades en una continuidad y una perennidad social.

Bibliografía

- ALBA, MARTHA DE
2002 "Les représentations socio-spatiales de la ville de Mexico. Expérience urbaine, images collectives et médiatiques d'une métropole géante", tesis doctoral, L'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París.
- ARRUDA, ÁNGELA Y MARTA DE ALBA (EDS.)
2007 *Espacios imaginarios y representaciones sociales. Aportes desde Latinoamérica*, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Barcelona.
- AUGÉ, MARC
1992 *Non-Lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, Éditions du Seuil, París.
- BOURDIEU, PIERRE
1980 "La maison ou le monde renversé", anexo en *Le sens pratique*, Les Éditions de Minuit, París.
- CERTEAU, MICHEL DE
1990 *L'invention du quotidien*, Gallimard, París.
- CHOAY, FRANÇOISE
1972 *Sémiologie et urbanisme: le sens de la ville*, Éditions du Seuil, París.
2006 *Pour une anthropologie de l'espace*, Éditions du Seuil, París.
- DURKHEIM, ÉMILE
1965 *Les Formes élémentaires de la vie religieuse*, Presses Universitaires de France (PUF), París.
- FOUCAULT, MICHEL
1975 *Surveiller et punir*, Gallimard, París.
- GRACQ, JULIEN
1985 *La forme d'une ville*, José Corti, París.
- GRAFMAYER, YVES E ISAAC JOSEPH (EDS.)
1984 *L'Ecole de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*, Aubier, París.
- GUÉPIN, ANGE Y EUGÈNE BONAMY
1981 *Nantes au XIXème siècle*, Centre de Recherche Politique, Nantes [1835].
- HALBWACHS, MAURICE
1925 *Les cadres sociaux de la mémoire*, PUF, París.
1950 *La mémoire collective*, PUF, París.
1971 *La topographie légendaire des évangiles en Terre Sainte*, PUF, París, 2ª ed. [1941].
- JODELET, DENISE
1982 "Les représentations socio-spatiales de la ville", en P.H. Derycke (ed.), *Conceptions de l'espace*, Université de Paris X-Nanterre, París, pp. 145-177.
- 1986 "Représentations socio-spatiales et identité urbaine: le cas de Paris, Nantes, Rome". Ponencia presentada al *simposium "City image and Identity"*, 22^{ème} Congrès Internatioal de Psychologie Appliquée, Jerusalén.
- 1987 "The study of people-environment relations in France", en I. Altman y D. Stokols (eds.), *Handbook of Environmental Psychology*, John Wiley, Nueva York, pp. 1171-1193.
- 1996 "Las representaciones sociales del medio ambiente", en L. Iñiguez y E. Pol (eds.), *Cognición, representación y apropiación del espacio. Monografías Psico-socio-ambientales*, Publicaciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 29-44.
- 1998 "Les représentations sociales et l'étude du rapport Homme/Environnement", en A.V.D. Rigas (ed.), *Social representations and contemporary social problems*, Ellinika Grammata, Atenas, pp. 37-51.
- 2002 "A cidade e a memória", en V. del Rio, C. Duarte y P. Rheingantz (eds.), *Projeto do lugar. Colaboração entre psicologia, arquitetura e urbanismo*, Contra Capa, Río de Janeiro, pp. 31-43.
- 2005 "Las representaciones sociales y el estudio de la relación hombre-medio ambiente", en *Psic. Soc. Revista Internacional de Psicologia Social*, vol. 1, núm. 4, pp. 27-80.
- LEFEBVRE, HENRI
1968 *Le droit à la ville*, Anthropos, París.
- LÉVI-STRAUSS, CLAUDE
1955 *Tristes Tropiques*, Plon, París.
- NORA, PIERRE
1997 *Les lieux de mémoire*, Gallimard (col. Quarto), París.
- PAUL-LÉVY, FRANÇOISE Y MARION SEGAUD (EDS.)
1983 *Anthropologie de l'espace*, Centre Georges Pompidou/Centre de Création Industrielle, París.
- RABINOW, PAUL
1984 "Bio-Power in the colonies", en C. Belisle y B. Schiele (eds.), *Les savoirs dans les pratiques quotidiennes*, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, París.
- RICOEUR, PAUL
2000 *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, Éditions du Seuil, París.
- SIMMEL, GEORG
1999 *Sociologie, étude des formes de la socialisation*, PUF, París.
- WIRTH, LOUIS
1925 *Le phénomène urbain comme mode de vie*, The University of Chicago Press, Chicago.